

Cuando estaba fondeado, colocaban sobre la borda una escalera de aluminio y plástico para subir con facilidad desde el agua. Un potente motor Caterpillar obedecía con presteza las órdenes desde el puente de mando.

El “Gualandai” (que quiere decir “mujer bonita” en dialecto indígena) contaba con una sala comedor debajo del puente y, hacia la proa, una cabina con dos camas y su baño. En la popa, dos cómodas sillas de pescar, separadas por un pequeño depósito forrado de material aislante que podía servir tanto para el hielo de los tragos como para conservar la carnada y los peces capturados.

Podía desarrollar hasta veintiocho nudos en la velocidad de crucero y tenía una autonomía de unas doscientas millas náuticas. Era en verdad una embarcación primorosa de la que no podían quitar la vista los tripulantes de los barcos que pasaban a su lado.

Nos remontamos mar afuera. Se nos perdieron de vista los manglares, uno de los ecosistemas que forman una comunidad terminal en las costas y estuarios del Istmo. Ascendía el sol refulgente. Enfilamos la proa rumbo a la Isla de Taboga, en la Bahía de Panamá, un famoso balneario y un refugio de pelícanos o “cuacos” de color marrón que se zambullen en el agua para capturar los peces, que a veces se lanzan de gran altura y golpean la superficie con sonoro impacto. Una bolsa de piel les cuelga de la mandíbula inferior y una membrana les une los cuatro dedos

de las patas. Junto a los pelícanos vuelan los piqueros, las tijeretas de mar, los cuervos de aguja y los paticuervos: una constelación de aves migratorias en el cielo radiante del golfo.

— Esos pelícanos, le expliqué a Ferrara, anidan en el verano y se van pasado el mes de julio. Parten hacia las costas del Pacífico Oriental, del Mar Caribe, del Golfo de México y de las Indias Occidentales

Vecina de Taboga está la Isla Urabá, que se conserva casi virgen porque no se utiliza para labores agrícolas. Está cubierta de espesa vegetación donde abundan el guásimo, el higuerón y el poroporo, árboles del bosque seco tropical con influencia marina.

El cielo sobre el mar azul caía en el infinito. Era un espejo invisible que no quiebran las piedras eternas del tiempo. Los islotes parecían boyar con el vaivén de las olas que alcanzaban alturas ciclópeas. El Golfo de Panamá se abría anchuroso desde las islas de Taboguilla, Chame, Otoque, Chepillo, en la Bahía de Panamá, hasta las lejanas del Archipiélago de las Perlas, como las islas Pedro González, Saboga, Contadora, Pacheco, Mogo Mogo, Islas del Rey, San José y los centenares de islas pequeñas perdidas en la inmensidad del océano.

Decidimos no anclar en Taboga y navegábamos hacia Contadora cuando escuchamos el motor que roncó de una manera diferente. El cambio en los sonidos nos alertó, pues el motor pujó, gimió y luego se detuvo. Felizmente

ya estábamos cerca de las arenas resplandecientes de la playa. Al revisar la máquina nos dimos cuenta que el problema no era tan grande. El filtro del combustible se encontraba tan sucio que no dejaba pasar el líquido a las bombas de inyección. No había filtro de repuesto pero las telas de algunas prendas que teníamos a bordo podrían usarse. De todos modos, iríamos a ver un mecánico que tiene un taller de reparaciones en la isla. Era cosa sencilla.

La Isla Contadora está localizada en el Archipiélago de Las Perlas a 35 millas de ciudad de Panamá. Es un centro turístico exclusivo donde se respeta la flora y la fauna, en medio de un bosque de cedros, robles y palmeras que produce, como Taboga, una piña de agua exquisita. Está rodeada por un mar rico en peces, con aguas transparentes y limpias. En 1573, fecha de la colonización del archipiélago, se instalaron famosas pesquerías de perlas convirtiendo la isla en el sitio donde se contaban las mismas, actividad esta que originó su nombre: Contadora.

Tiene 13 playas de fina arena blanca y opera en la isla el Hotel Caesar Park Contadora Resort & Casino, un hermoso establecimiento con las más lujosas comodidades. Habíamos anclado en una ensenada discreta, no muy lejos del hotel. Ferrara se lanzó al agua vestida con pantalón vaquero y una camiseta deportiva. Nadó un poco y luego caminó hasta la arena de un acogedor recodo. Se quitó la ropa y se tendió desnuda para broncearse bajo el sol.

Yo la miré desde el yate que reparaba y la escena me hizo recordar a una griega que vagabundeo conmigo por las islas del golfo. Su nombre era Elena y ¡quién sabe ahora por cuáles mares navegue! O en qué postal de astromelias guarde sus agonías.

Elena... sólo Elena... nunca supe su apellido. La conocí en el bar del muelle de Amador. Permanecía varada en Panamá por daños serios en el velero donde viajaba. Me dijo que era una mujer sin historia, que trabajaba de dama de compañía de una vieja millonaria que navegaba sin rumbo por los mares de la tierra.

— Es una vieja puta, afirmó. Una arpía, una depravada sexual. Fea, sórdida como sus uñas cadavéricas. Cuando Elena tomó el barco en Liverpool no tenía idea del abismo al que caía. La vieja Simonette viajaba con una tripulación compuesta por un capitán homosexual, un maquinista prófugo de la justicia, una cocinera sacada de un burdel de Tánger y un enano alcohólico que le servía de valet. Igualmente la acompañaba como masajista una belga de buen ver que le proporcionaba toda clase de placeres y también un guardaespaldas feroz que cumplía sus órdenes sin objeción. En ella todo era sombrío como su alma. Se alimentaba de tostadas de pan moreno sin corteza untadas de miel de abeja. Estaba a dieta permanente como una bailarina con anorexia. Se había operado la cara y las tetas cuatro veces. Se vestía con volados de encajes, collares de perlas, bucles, rizos y no le faltaba la copa de cristal veneciano llena de champagne Dom Perignon. Era

una prisionera del valium y la aspirina. Desembarcaba en el puerto más inverosímil y la esperaba siempre una limosina. Su mayor debilidad eran las jovencitas rubias que las cambiaba a menudo.

Una noche le declaró a Elena sus deseos ardientes por sus ojos almendrados, chocolates tenues, y sus pezones marrón oscuro. Ella no pudo resistir la embestida lesbiana y desde entonces se sentía avergonzada de sí misma. Ya no podía mirar su figura ante el espejo, con su uno cincuenta y cinco de estatura, cincuenta kilos de peso y la piel color de miel clara. Esa vez le confesó que se había enamorado de ella desde que la vio en aquella boutique de Liverpool y que, luego, ideó la estrategia para conseguirla, como en efecto la había conseguido. Le había dejado sobre la mesita de noche diez billetes de cien dólares, que ella le devolvió al día siguiente. Simonette era el nombre de aquella negra pervertida, dueña del velero, de sesenta años, para quien el dinero sólo servía para comprarlo todo. Había sido la amante de un gángster y ese enano que la acompañaba era un asesino cómplice en los negocios de prostitución que tuvo en Inglaterra. Soñaba con el mar porque éste era amplio y libre, sinónimo de poderío eterno. “Sol de noche” se llamaba su velero, símbolo universal del barco de la vida, en su viaje hacia la muerte que empujaban las fuerzas del mal.

¡Cuántas veces Simonette leyó historias sobre el drama de la esclavitud mientras oteaba los litorales africanos en busca de la ruta sangrienta que antaño recorrie-

ran sus abuelos! Porque de allá venían sus genes, sus raíces, sus traumas síquicos y sus amarguras: venían de la costa de Guinea, del seco harmatán, de los monzones y los tornados. Venían del clima montañoso de Abisinia, de las tierras fértiles de Danakil, de la Cuenca del Congo, de Madagascar y los desiertos occidentales. Era el África extendida sobre los siglos XVIII y XIX, de los barcos negreros, de los gemidos del dolor, de los lamentos de las cadenas, de los latigazos sobre los cuerpos desnudos y los anillos de horror asidos al cuello de los hombres.

Las historias contadas por Elena fueron siempre un misterio en mi vida. ¿Guapa?, ¡no! Pero sí elegante y muy espiritual.

Una aristócrata sin fortuna.

Sus modales eran finos y sabía sentarse a la mesa y disfrutar de un vino a plenitud. Podía tener unos treinta años.

Su esposo fue un experto en arte helénico, de docta presencia. Esa era la imagen que proyectaba a primera vista. Sin embargo, dentro del matrimonio la verdad era otra. Su carácter agresivo era insoportable y su predilección por las mujerzuelas parecían atraerlo más que ella.

Una madrugada se estrelló contra un puente muriendo él y la puta que lo acompañaba. Elena sufrió mucho durante el luto. Quedó desorientada y esto fue lo que hizo

que dejara a Grecia. Antes de llegar a Liverpool pasó una temporada en París.

Nunca se explicó cómo quedó atrapada en ese velero, con un trabajo que siempre creyó placentero y honesto.

Elena me contó su historia una vez que navegamos por el golfo e hicimos por primera vez el amor. Sucedió en un islote solitario bajo el cielo sin nubes y el rumor del océano. No muy lejos de donde ahora me encontraba con Ferrara.

Después de ese momento de pasión me la llevé en brazos al yate y le hice el amor de nuevo. Me dijo que había encontrado al hombre de su vida y que no lo dejaría. Pero ella no era la mujer de mi vida y la dejé después de unos días para no verla nunca más. Regresó al velero de Simonette a cumplir con su contrato de trabajo que la amarraría a un destino del que tampoco escaparía.

Ferrara volvió al yate, entró a la cabina, se cambió la ropa mojada por un conjunto deportivo elegante y provocativo y se sirvió un trago de vodka con hielo. Nos sentamos en las sillas de pescar y la tarde caía lejana. La vi algo preocupada y le pregunté qué le ocurría. Ella, como si pensara en voz alta, volvió al viejo tema.

— El cuarenta por ciento de los barcos que cruzan el Canal llevan cargas tóxicas, sin que las autoridades panameñas hagan ninguna objeción.

Pero esa misma carga no puede anclar en puertos estadounidenses porque está prohibido por la ley. Ya tenemos indicios de algo grave y es que según el Sindicato de los Trabajadores del Canal muchos de ellos padecen de enfermedades respiratorias.

Y otra vez tajante, cortó la conversación.

— Fernando, dijo. Quiero ahondarte sobre ese comando terrorista que planea secuestrar el barco con carga nuclear cuando pase por el Canal...

— Sería un acto irresponsable y criminal.

— La idea es secuestrarlo y llevarlo a las costas norteamericanas y, una vez allí, plantear sus exigencias.

— ¡Qué locura!

— Dices bien. ¡Qué locura! Esta información es superconfidencial y no puedo revelarte la fuente. Entonces necesito infiltrarme entre unas prostitutas que visitan las bases militares y detectar a una mujer que actúa como enlace de un llamado Frente Revolucionario Americanista. (F.R.A.)

— Está bien, dije. Te ayudaré. Tengo un amigo de confianza que conoce todos los movimientos de esas mujeres.

— Gracias. Oye Fernando —continuó—, cambiando de tema ¿Qué tal si nos quedamos a dormir en el hotel aquí en Contadora?

— Estupendo, dije. El hotel tiene una cafetería, un piano bar y una discoteca.

— Me gusta bailar, emborracharme y olvidarme del mundo....

Comenzaba a caer la noche cuando dejamos el yate y nos dirigimos a las oficinas donde se inscribían los clientes. Llevábamos los maletines con los enseres de aseo personal de ambos. El hotel estaba situado en una gran extensión plana, rodeado por un atractivo césped, cocoteros bien cuidados y unos pequeños ranchos cerca de la piscina. Una empalizada pintada de blanco servía de pórtico a una calle rústica por donde se paseaban guacamayas, pavos reales y venados que acentuaban el paisaje bucólico y apacible de la isla.

Al subir una pequeña loma para alcanzar un mirador donde se contemplaba el mar en su espléndida majestad sentimos ruidos extraños que nos llamaron la atención. Al acercarnos nos dimos cuenta que se trataba de un perro atrapado en un hueco profundo. Era un cachorro perseguidor de iguanas que hubiera muerto allí de no ser por nuestra ayuda.

— Las iguanas —le dije— son reptiles apetecidos por nuestros campesinos y son saurios que se alimentan de plantas, especialmente de hojas, de flores y de frutas. Viven en los árboles pero bajan a la tierra en busca de ali-

mento. Desovan de 1 a 6 docenas de huevos cada año y poseen una coloración verde brillante, pero también hay otra especie de color negro. Su carne es considerada nutritiva y los huevos afrodisíacos. El cuero de iguana se exporta a los Estados Unidos, Europa y Japón para la elaboración de carteras pequeñas y cigarrilleras finas.

Entramos al hotel y en el despacho había una mujer joven vestida con uniforme sentada tras el mostrador. Llevaba el registro de los huéspedes y nos recibió con amable sonrisa.

— ¿Buscan habitación?

— Sí, le contesté.

— Les puedo ofrecer la número 10, tiene un hermoso cuarto de baño, aire acondicionado, bar, un saloncito, cama circular...

— Queremos dos habitaciones.

— Entonces la 7 y la 8.

— Está bien, dijo Ferrara. ¿Podría enviar los maletines a cualquiera de las dos?

— Sí, contestó la joven. Los enviaré de inmediato.

Avanzamos hacia una ancha puerta que daba salida a una piscina iluminada donde se bañaban unas parejas. Salimos del hotel y nos encaminamos hacia una carretera que penetraba en la selva tupida.

— Es la vía para conocer la isla —le dije—. Si quieres hacer la excursión alquilamos uno de esos jeep...

— ¡Fantástico!

En el jeep partimos alegres disfrutando el paraíso del bosque. Laderas escarpadas, acantilados, colinas, casas lujosas entre la vegetación, miradores silvestres, abruptos, la sinfonía natural de un recodo maravilloso del mundo.

Nos detuvimos.

— Ven, le extendí la mano a Ferrara. Verás algo inolvidable. Vamos a la Terraza de Dios.

Nos abrimos camino por entre riscos, rocas, desfiladeros y ascendimos por una jungla cerrada en medio de un herbazal furioso, a una cima plana donde hay una piedra tallada en forma de barco, que es un asiento para ver la isla como un techo inmenso.

A pesar de la noche, el paisaje resplandecía por la luna que comenzaba a elevarse como si saliera del fondo del océano.

El viento olía a arrecifes coralinos, a crustáceos, a estrellas de mar.

— Tenía diez años de no subir aquí. Me trae tristes recuerdos...

— ¿Tristes recuerdos con un lugar tan bello?

— Venía acompañado de una mujer que amé mucho...

— Entonces, discúlpame por mi intromisión en tus sentimientos.

— No es nada. Es un pasado hermoso y doloroso. Veníamos a este sitio todas las noches en una temporada de verano...

— Cuéntame si hubo dolor... Es bueno hablar para desahogarse.

— Ella era una mujer casada, una siquiatra alcohólica, que se suicidó el año pasado. Se llamaba Adriana... Adriana Mendizábal.

— ¡Qué pena! Cambiamos de tema, entonces...

Me tomó las manos y me las apretó en un gesto de solidaridad amigable. Nos mantuvimos así hasta cuando subimos al jeep para continuar el paseo.

— He notado que no te gusta pescar.

— Me gusta poco. Me gusta más admirar el mar... el viento... las aves marinas. Y a ti, ¿te gusta pescar?

— Me encanta —le contesté—. He pescado el pez vela del Caribe.

— ¡Bravo!

— En esta casa —le señalé— se reunieron los negociadores de los tratados del Canal de Panamá de 1977, que firmaron el Presidente Carter de los Estados Unidos y el General Torrijos de Panamá, que fijan la fecha de

salida de los estadounidenses en el año dos mil. Y en aquella mansión que está más allá —subimos la velocidad del vehículo— es donde vivió el Sha de Irán, Reza Palhevi, cuando se asiló en nuestro país.

— Contadora es famosa en el mundo y María Luccia la menciona siempre. Ella cubrió para la prensa italiana esas negociaciones... ¿Sabes que estuve en la guerra del Golfo Pérsico?

— ¡Un mar de sangre que todavía el mundo desconoce!

— ¡Una canallada! Panamá sirvió de experimento para las armas sofisticadas que luego usaron en Irak.

— Lo sé, dije.

— En Irak me enfermé. Y aún no me repongo...

— Explícate mejor.

— Sucedió que me avisaron de improviso que el avión despegaría en cuestión de minutos y tenía que abordar un helicóptero que me trasladaría al aeropuerto Fumiccino de Roma. Un minuto tarde y perdería el vuelo. Apenas tuve tiempo de ponerme un pantalón de cuero, una blusa holgada, tomar el maletín que siempre tenía listo y salir volando de casa. Cuando llegamos a Bagdad, el hotel donde nos hospedaríamos había sido evacuado por el bombardeo y, el colmo de los colmos, los servicios de seguridad me retuvieron el maletín. ¡Quedé en la calle! Pero no hubiese sido esto problema si no se me hubiese pre-

sentado la menstruación en el viaje. Así que tuve que permanecer desprovista de agua y otros objetos personales por los días que duró el conflicto. ¡Puedes imaginarte!

— ¡Qué horror!, dije.

— ¡Terrible!

— ¿Y cómo terminó el cuento?

— Un periodista estadounidense me prestó ropa después... Te diré algo para que te rías: cuando me quité el pantalón sucio quedó parado en el desierto... ¡parecía una estatua!

De regreso a ciudad de Panamá el día siguiente, yo estaba sentado frente a mi escritorio haciendo los contactos para la misión de Ferrara, cuando sonó el timbre que comunicaba con el portón exterior de mi residencia. A mi llamado telefónico venía a verme Emiliano Morales, quien se disculpó por la tardanza, explicando que había quedado atrapado en un trancón de automóviles debido al cortejo fúnebre que se dirigía por la vía España hacia el Jardín de Paz. Llevaban a enterrar al político Armando Portavales asesinado por un amante enloquecido por la cocaína. Lo encontraron en su apartamento con los ojos colgándole fuera de las órbitas, el rostro desfigurado y el cuerpo convertido en un saco de huesos quebrados por los golpes propinados con un bate de béisbol.

— Siéntate. ¿Un trago de whisky?

— Whisky con hielo, dijo, sacando un cigarrillo del paquete. ¿Quieres uno?

— Fumo sólo en la noche. Me alegra verte después de tanto tiempo.

Emiliano Morales observaba el amplio estudio. Examinó los cuadros colgados sobre las paredes, las fotos y los diplomas.

— Hermosa oficina, dijo, señalando la computadora al lado del escritorio.

Le di la bebida y se sentó a mi lado.

— Estoy a tus órdenes.

Sonreí y le expliqué mi interés por saber acerca de la prostitución en las bases militares estadounidenses en el Canal de Panamá. Él era el hombre indicado para informarme sobre esa realidad dramática, pues había sido jefe en los servicios de seguridad de la policía y ahora jubilado administraba un motel de ocasión, de lujo, llamado “El Salto del Tigre”, en la carretera Transistmica. Así que le expliqué la verdad en detalles y entonces me prometió ayudarme contactando a quienes serían la vía directa del asunto.

— No te preocupes, me dijo. Yo arreglo todo...

Morales podía pasar por un profesor de filosofía. Su aspecto era reverencial: alto, delgado, de barbas bien cui-

dadas y espaldas ligeramente encorvadas, como si estuvieran cansadas por largas noches de estudio y meditación. Su cabello gris claro y una sonrisa bondadosa trazaban una silueta imponente.

Detrás de esta fachada, sin embargo, se escondía un cerebro calculador y astuto capaz de vender a su propia madre por un buen pago en dólares; aunque siempre era respetada su palabra de honor y de guardador celoso de los secretos una vez finalizado un trato.

Por eso, mirándole de frente, le pregunté:

— ¿Cuánto?

— ¿Por todo?, contestó riendo. Bueno, tendría que conseguir un taxista y una puta de confianza dispuestos a acompañar a Ferrara hasta que termine su tarea.

— Pero, ¿cuánto y cuándo podrías comenzar?

— Mañana mismo, en las primeras horas de la noche. Como somos amigos cobraré al final... ¿Está bien?

— Está bien.

Después del trato me dirigí con Morales al Hotel Continental para presentarle a Ferrara, a quien encontramos en la cafetería tomando una limonada fría. Vestía ajustados pantalones blancos, una blusa de algodón azul abierta hasta el ombligo, un collar de fantasía, un cinturón plateado ceñido y zapatillas blancas.

La cafetería estaba solitaria, así que pudimos hablar con toda comodidad. Ferrara volvió a detallar los planes y Morales insistió en que dejara en sus manos la planificación de la tarea pues mañana regresaría con las personas necesarias. Se despidió y entonces los dos partimos hacia las esclusas de Miraflores en el Canal de Panamá.

Allí, sentados en un mirador repleto de turistas, vimos el cruce de un tanquero iraquí rumbo al Océano Pacífico. En la proa del buque un pasacables panameño nos saludó bajo un cielo claro manchado por una bandada de gaviotas. El reloj iba a marcar las cuatro de la tarde.

El guía de turismo narraba por un altoparlante los pasos de la nave por la vía acuática.

— Primero, explicó: el barco ancla dentro del rompeolas en el muelle de Cristóbal, en el Océano Atlántico. Entran los prácticos en acción, después de avisar a la estación de señales que van a partir. Una cuadrilla de veintiún pasacables abordan el barco cuando se dirige a las Esclusas de Gatún. Los remolcadores Harding y Mehafley entran en escena. Situados en la popa y a lo largo de la popa a estribor los pasacables ayudan a conducir la nave hacia las esclusas. Los capitanes de los remolcadores maniobran dentro de la vía oeste. El maestro de esclusas envía ocho locomotoras para guiar la embarcación. Sueña una sirena y se anuncia por la bocina que se aproxima un barco transportando material inflamable. Se prohíbe fumar o hacer trabajos que provoquen chispas hasta cuan-

do éste salga del área. En un pequeño bote de madera reman dos hombres hasta alcanzar una soga, llamada línea mensajera, que se usa para amarrar y halar el cable de la locomotora hasta la nave, que tiran los pasacables en la proa del barco. Lo aseguran alrededor de una gran cornamusa y viaja a su lado un carro bomba con bomberos. Se abren las primeras compuertas y el barco pasa a la segunda cámara. Diez minutos después de que la compuerta ha sido cerrada nuevamente, la segunda cámara está llena de agua y se abre la compuerta de la tercera y última cámara. Los pasacables en la popa sueltan los cables de las locomotoras y el barco se dirige hacia el Lago Gatún. Llegan a la Boya 62 y después al poblado de Gamboa. El barco ha recorrido 55 millas de extensión. El remolcador Unidad encuentra el barco en la entrada al Corte Gaillard y se amarra a la popa. Sigue el recorrido, pasan por el Cerro de Oro y se encuentran con el remolcador Burgess. Llegan a las esclusas de Pedro Miguel y Miraflores y nuevamente empieza el proceso de esclusaje.

Dejamos las esclusas de Miraflores al caer la tarde cuando otros dos barcos esperaban turno para cumplir el mismo itinerario del barco iraquí, mientras oldados estadounidenses marchaban dentro del Fuerte Clayton.

El tema del Canal de Panamá fue obligado en el trayecto de regreso a la ciudad debido al impacto que la obra había dejado en Ferrara.

— Háblame del Canal, me pidió

— El Canal de Panamá —contesté—, como proyecto se remonta a épocas alrededor del 8.000 a. C. Para entonces el istmo era utilizado como ruta de tránsito por el hombre prehistórico que se movilizaba a través de América. Después vino Cristóbal Colón en 1502, luego en 1510 la colonización y en 1534 el Rey Carlos V de España ordena los primeros estudios topográficos. Los ibéricos apenas pavimentaron con guijarros los caminos para las mulas que cargaban el oro del Perú.

— ¿Te refieres al Camino de Cruces?

— Exactamente. Te seguiré explicando...

— Te escucho.

— Bueno, en 1850 se inició la construcción del Ferrocarril de Panamá por interés de los Estados Unidos.

— ¿La época de los buscadores de oro que iban rumbo a California?

— Éstos llegaban a Panamá por mar, cruzaban y luego continuaban la travesía en barco. En 1880 Ferdinand de Lesseps negoció acciones con millones de franceses con el fin de financiar la construcción del Canal de Panamá, pero fracasó por la aparición de enfermedades y la geografía inhóspita que encontraron en el Istmo. También la mala administración en Francia llevó al desastre a la empresa.

— ¿Hasta cuando llegaron los gringos?

— Hasta cuando llegaron los gringos, en 1903, después de la declaración de independencia de Colombia.

Panamá y los Estados Unidos firmaron un tratado mediante el cual éstos construirían la vía acuática. Compraron los derechos y propiedades en 1904 a la compañía del Canal Francés a un costo de 40 millones de dólares e iniciaron los trabajos.

— ¿Cuánto tiempo duraron en la construcción?

— Diez años. Trabajaron más de 75.000 hombres y el costo total alcanzó los 400 millones de dólares. Los trabajadores se enfrentaron a toda clase de calamidades como las enfermedades tropicales, la geología del istmo, en fin, un millar de penalidades.

— ¿Cuánto mide el Canal?

— 80 kilómetros de largo. Una nave tarda en promedio alrededor de 8 a 10 horas en cruzarlo y se abrió al tránsito marítimo el 15 de agosto de 1914. Desde entonces lo han utilizado más de 700.000 barcos de todas las nacionalidades.

Ferrara decidió regresar al hotel después de un recorrido que incluyó una caminata sobre el Puente de las Américas, que se extiende sobre la Bahía de Panamá uniendo la tierra dividida. Entramos al Coastway, un relleno que penetra hasta las islas de Perico y Naos y que ofrece una de las vistas más hermosas de la capital. Desde allí se contempla una urbe moderna de rascacielos que rompen

el firmamento en medio de un enjambre de luces que iluminan la belleza de la noche tropical.

Sobresale Punta Paitilla, una lengua que sale de la entretierra y va hacia el mar. Un área comercial que no tiene vida, de mal gusto desde el punto de vista arquitectónico, una jungla de cemento de gran promiscuidad por falta de espacio existencial, pero que es un factor de moda y un snobismo por el panorama contemplativo.

Antes de entrar al hotel nos encontramos con un hecho conmovedor: una solitaria mujer que hacía vigilia permanente frente a un hospital privado, llevando en su mano derecha una vela encendida y en la izquierda un crucifijo a la vez que rezaba en voz alta el Padre Nuestro.

— ¿Una enferma mental?, preguntó Ferrara.

— No. Una esposa que reclama el cadáver de su marido. La clínica se niega a entregar el cuerpo del difunto porque la joven no tiene el dinero suficiente. El seguro de hospitalización sólo le reconoce la mitad de la deuda y ella no tiene trabajo... Un seguro limitado.

— ¡Qué doloroso!

Ya en el vestíbulo, frente al elevador que la subiría hasta su habitación, luego del típico beso italiano en ambas mejillas, Ferrara me dijo que había quedado impregnada de los olores del Barrio Chino, situado por los lados del Mercado Público. Ella quedó fascinada por el color de las casas, los olores a frutas, comidas y flores.

— En Europa —dijo— se han perdido los olores debido a la mecanización de las urbes.

Sin embargo, se me incrustó en el alma la imagen del barrio chino por donde caminaban jóvenes mugrientos que sacaban de los canecas de basura alimentos putrefactos que luego ingerían sin asco. Eran una especie de sombras moribundas infladas con sacos enormes en las espaldas, repletos de latas vacías de cerveza que luego venderían para poder comprar droga.

— Antes no había esa miseria, pensé, mientras iba de regreso a casa.

Recordé que años atrás, en ese mismo barrio, conocí a Severiano Toribio un hombre por los cuatro costados: altivo, humilde, bueno y valiente. Valiente para enfrentar la vida y la muerte. Y cuando digo esto me refiero a defenderlas no sólo entre puñaladas y disparos, sino en el ejercicio de una conducta honorable fuera de todo servilismo y adulonería.

Él mismo decía que era el perro trucho (de rabo corto, trunco y bellaco), un símil que nunca llegué a entender del todo. Aunque una vez me explicó que no había conocido animal más grande para la cacería y para la guerra como uno trucho que tuvo en su turbulenta juventud.

— ¡Ese sí era un perro!, me repetía, ya sentimental, cuando el ron comenzaba a horadarle el estómago y a nublarle el pensamiento.

Era un hombre triste, de una tristeza infinita, pero la ocultaba, “porque nadie tiene que saber lo que uno sufre”.

Una vez le sacaron las tripas de un navajazo y se salvó de milagro en el hospital de Aguadulce. Su cuerpo estaba cruzado por balas de todos los calibres que había recogido en sus andanzas de guerrillero anónimo por el mundo. Se había enrolado en las filas del Ché Guevara en Bolivia, con los sandinistas en Nicaragua y en muchos frentes de guerra de liberación nacional en Africa.

— Aquí en Panamá lo que falta es un perro “trucho” en el poder, recalcaba, entre irónico y matrero, refiriéndose a las decisiones que deben tomarse para liberar definitivamente esta patria.

Hacía rato que venía enfermo de cáncer en el colon, el cual enfrentaba sin tratamientos médicos.

— Para qué, me preguntaba las veces que le aconsejé que fuera al Hospital Oncológico.

Un día me dijo:

— Compadre Fernando, ¡acompañeme!, que me voy a pegar un tiro.

Y lo acompañe hasta su última morada, allá en Barrancas Malas, en Calobre, en la provincia de Veraguas. Dos indios guaymies me ayudaron a “echarlo al monte para que se lo comieran los gallotes”, como él me había pedido.

Al llegar a casa me serví un trago de vodka con agua tónica y sentí una sensación de angustia que iba ascendiendo en escalas, pero que de súbito se transformó en relajamiento físico. Era el pasadizo oscuro del alcohol que me elevaba de un golpe a una falsa euforia. La vana alegría me trajo la figura de don Jesús González Roland, un guerrero español con quien me encontraba en el barrio chino casi todas las tardes. Había venido con una misión militar de su patria en el primer año de gobierno de Omar Torrijos y le ofrecieron trabajo entrenando mecánicos que tenían la responsabilidad de mantener la seguridad de los vehículos que usaba el General.

Don Jesús se había graduado de artillero en la Academia de Toledo y era un combatiente de muchas guerras: la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial (en la Resistencia Francesa), Indochina, Egipto y Argelia. Se distinguió tanto en combate que la vez que el General Charles De Gaulle estuvo de visita en Perú la primera pieza que bailó en el Palacio Presidencial fue con la esposa de Don Jesús, decana de Matemáticas de la Universidad de San Marcos en Lima.

No olvido la historia que me contó una tarde de domingo entre lentos sorbos de coñac. Ocurrió en Argelia en una noche de asueto para los soldados, cuando la oportunidad se prestó para libar muchas copas. Me contó que uno de sus queridos compañeros de armas encontró la muerte de una manera tonta y casual.

— Joder, dice don Jesús. Mi amigo estaba tan borracho que decidió hacerse el gracioso utilizando un hecho grotesco, que en nada compaginaba con la conducta que guardaba cuando estaba en su sano juicio, pues era un atildado oficial.

— Joder, insiste don Jesús. Se le ocurrió delante de un pelotón de soldados, ebrios todos también, de apagar una vela con un solo pedo. Pero cuál no sería el desenlace fatal que, en el preciso momento de ejecutar la operación, se presentó el jefe del regimiento y tuvo que detener de súbito su proceder.

— Joder, continúa don Jesús. Y el acto imprevisto le costó la vida pues después de lo ocurrido enfermó de gravedad y murió en cuestión de días.

— Joder, termina don Jesús. Allá en Durango, Bilbao, reposa el soldado que con un gran sentido del humor se mandó a escribir un epitafio que mueve a la risa a cuanto visitante acude al cementerio, que dice así: “Por aguantar un ‘peo’, aquí me veo”.

Me fui a dormir temprano, después de leer los originales de un libro de décimas que próximamente publicaría. En el volumen incluía una titulada “Los charcos del destino”.

Me confesaba admirador de aquel metro atribuido a don Vicente Espinel que era oriundo de Ronda, Málaga, y había nacido en 1550. Al parecer, había sido el creador

*aquella mujer que vino
a desandar mis pesares
y que lanzó mis cantares
en los charcos del destino.*

*En mi pueblo, en un verano
que no olvido, la encontré,
vestía de color café
y sombrero interiorano.
Ella llevaba en la mano
un pañuelo color vino.*

*Un rui señor en su trino
acompañaba su andar
Mujer para no olvidar
en los charcos del destino.*

*Un mes de fragancia y rosa,
de jazmineros en flor,
de profundo resplandor*

*dulce regalo en mi choza.
Pero un día, la mariposa
voló por un alto pino,
tan alto, que ya no atino
a sosegar mi dolor,
mujer que marcó mi amor
en los charcos del destino.*

*Julia Latuna, partiste
dejando mi corazón
como un triste socavón
llanero, cuando te fuiste.
Te repito que estoy triste,
que ando errante y sin camino,
andariego y peregrino,
por ti, lejana mujer,
que ahogaste mi padecer
en los charcos del destino.*

CAPÍTULO II

MY NAME IS PANAMA

Estacionado en una esquina retirada del resto de transportes de pasajeros que viajan hacia el distrito de La Chorrera, el enorme autobús destartado se va sobrecargando de mujeres de todos los tamaños y colores. Visten trajes de luces ajustados al cuerpo lo que hace que sus formas resalten seductoras. En su mayoría son jóvenes panameñas, dominicanas y colombianas que esta noche divertirán a los soldados acantonados en la base militar estadounidense de Clayton.

En otros terminales de buses de la ciudad se desarrolla la misma escena, pero se trata de las que concurren a las bases militares de Amador y Howard. Suman unas 500 mujeres que no faltan a la cita los días miércoles, viernes y sábado desde las ocho de la noche en adelante.

Desde los teléfonos públicos instalados en la estación de buses algunas de ellas van llamando a sus amigos, con el fin de que no sea tan riguroso el registro corporal al que las obligan al entrar al fuerte.

Al llegar ante el gran alambrado de ciclón la escena es espectacular entre las chicas: gritos, risas y saludos. La mayoría llegan en taxi y otras en autos propios cargados de amigas para el festín.

Al otro lado de la cerca las esperan los gringos, con su corte de cabello militar, altos, rubios, casi todos en pantalones cortos estilo bermudas y calzados con zapatillas. Ellos seleccionarán desde adentro la presa apetecida. Pegadas al alambrado las muchachas se desgañitan por ser las favorecidas.

En fila organizada entran por un portón de acero brillantemente iluminado y un soldado va recogiendo sus cédulas mientras otros les acercan dos corpulentos perros amaestrados que olerán sus carteras, incluyendo las partes íntimas del cuerpo. Antes de llegar a las discotecas tendrán que caminar por un largo paraje solitario y oscuro y es allí donde ejecutan sus placeres mundanos, porque se les ha prohibido ingresar a las habitaciones de los soldados en las barracas. Los bultos de las parejas haciendo el amor se escoden entre las plantas y otras se distinguen en el llano.

Ya frente a las salas de baile tendrán que hacer fila de nuevo y pagar por sus boletos de entrada. Son cuatro las

pistas de baile: primero la de los viejos aferrados a su música country, que llevan sombreros y botas vaqueras, corean las canciones y toman bourbon. La segunda es para negros, todo escándalo y movimiento, aunque de vez en cuando se escucha un jazz. Sigue la de los puertorriqueños, con su salsa, sus guarachas y sus mambos. Y por último la de los blancos, rockeros vestidos de camisas estampadas y en la mano siempre una cerveza o un ron con Coca Cola.

Quedé de esperar a Ferrara y al grupo en la base de Clayton. No tengo problemas para permanecer en la base militar ya que porto la tarjeta azul, que dan a los directores de periódicos y a los corresponsales extranjeros. Este es un privilegio muy apetecido entre el gremio de los comunicadores sociales, porque se usa sobre todo para protegerse cuando se anda en algún romance clandestino. No hay un lugar de diversión ideal donde de seguro no habrá ocasión de encontrarse con personas que no se desean ver.

Mi tarjeta azul tiene la siguiente leyenda: Oficial No. 286109. Name: Fernando Arellano. Admítase al portador en los puestos e instalaciones militares así como en las áreas que no sean reservadas durante la ejecución de sus funciones periodísticas. Mientras permanezca en misión oficial podrá gozar del privilegio de la cafetería del "Post Exchange" de la Base. Fdo. B. Adair. Public Information Office". Se lee en inglés también: "Is a Bona Fide news media representative accredited to the Public Affairs Office United States Southern Command".

Rumbo a la Base, Ferrara meditó sobre un secreto que había guardado celosamente. Ni siquiera me lo había confesado. Era su baraja escondida, el cara y sello del triunfo o el fracaso de su misión y de su propio destino. Le habían descrito los rasgos físicos de la mujer que actuaba como cómplice del Frente Revolucionario Americanista (F.R.A.) que planeaba el secuestro del barco con carga nuclear para llevarlo a las costas norteamericanas y, una vez allí, plantear sus exigencias.

Ferrara no era una espía ni nada por el estilo, sólo una periodista dispuesta a realizar un reportaje sensacional que le daría la vuelta al mundo, sin duda, su consagración definitiva. Estaba segura de que la convencería para su entrevista, después de todo si la operación de secuestro se daba o no, serviría para ese golpe de efecto propagandístico que siempre buscan los que se mueven en esa clase de delitos.

Ferrara había estudiado con profundidad los más mínimos detalles de la tarea que realizaría en Panamá, incluyendo datos confidenciales que le proporcionaron agentes de conocidos servicios de inteligencia de Europa y América.

La mujer que detectaría se llamaba Norma, que no era su verdadero nombre. Norma Diburga, peruana. Una mujer baja, de ojos rasgados, nalgas chatas, pelo negro lacio, tez limpia, nariz y labios finos y senos turgentes que brotaban de un torso compacto. El trazo típico de la fémina de origen indígena.

Mientras Ferrara meditaba, casi sombría, Mitzy y Catalina reían celebrando las ocurrencias del taxista Candelario Ortega que hablaba hasta por los codos. Era su gran defecto.

Por lo demás, era un hombre en quien se podía confiar. Salía de un chiste y entraba a un cuento, salía del cuento y terminaba en la más inverosímil aventura. Ahora contaba la historia de un caballo llorón que se había convertido en un espectáculo conmovedor.

— Un caballo llorón, repetía.

Se trata de un caballito rocillo al que llaman “Cachicongo” por haber sido en otros tiempos el terror de la región en cuanto a amoríos se refiere, pues no había yegua por esos lados que no hubiese compartido sus hazañas. Le encajaron el nombre de “Cachicongo” porque hasta una novilla brava que llamaban “Cachiconga” no pudo resistir el amoroso asedio del viril ejemplar. Su fama creció al extremo que su nombre y figura se convirtieron en sinónimo de campeón amoroso.

Pero de aquella leyenda de animal bravío, de gran semental, que duró más de nueve gloriosos años, hoy sólo quedaba el recuerdo. Y así lo veía la gente pastando en una sombreada huerta entre árboles frutales, gordo y manso. Nos cuentan que le gusta jugar con los niños del pueblo cercano correteando por los llanos. Pareciera primo hermano de Platero, el burrito de Juan Ramón Jiménez.

Le preguntamos al dueño de la huerta:

— ¿Cuándo y porqué llora Cachicongo?

— Ya lo verá usted —nos contestó—. Antes que traigan una bonita yegua que mandé a buscar, debe usted saber que todos gozamos con las locuras de Cachicongo que son para morirse de la risa. Pero, mire, ya está aquí esta yegüita torda que está más en celo de lo que estuvo jamás doña Maclovía... ahora verá...

Se nos unieron otros curiosos. Cachicongo olfatea el aire, relincha con fuerza, divisa a la yegua y pateando el suelo se acerca a su lado; vuelve a relinchar y la mira con ojos ávidos. Alza la cola, como un orgulloso caballo romano, pero como maldición, lo único que consigue es que se le escapen potentes gases que hacen que todos rían con ganas. Comienzan a gritarle hirientes bromas. En verdad es un espectáculo triste cuando Cachicongo intenta cubrir a la yegua. Varios intentos, todos infructuosos, y entre las carcajadas del público Cachicongo se arrima a la cerca y por sus ojos resbalan enormes lagrimones.

— Catalina, —dijo Candelario— es una verdadera desgracia cuando a un hombre la pasa lo de Cachicongo, que se ha vuelto nada más que lágrimas y vientos...

Llegaron frente al portón y vieron la gran cantidad de vehículos estacionados a un lado de la carretera: autos,

buses, taxis. Allí estarían hasta la madrugada en espera de las muchachas. Candelario Ortega tendría que regresar al motel a cumplir con un encargo de Emiliano Morales. Volvería después.

Un soldado —amante y contacto de Mitzy— esperaba afuera del portón. Lucía un suéter multicolor que decía en letras grandes “My name is Panamá”.

— Hello, Mitzy, dijo John.

— Jelou... John, le contestó Mitzy, en un pésimo inglés.

La vocinglería estalla en el ambiente. La columna de mujeres haciendo filas se extiende poco a poco.

Abriéndose paso, John escoltó a las tres a pasar la garita y entraron sin dificultad. Mitzy le preguntó si había conseguido pareja para Ferrara y John le contestó que sí, que era un oficial de la Fuerza Aérea que esperaba en el salón de baile de los gringos blancos.

Cuando Candelario dio la vuelta de retomo a la ciudad divisó a lo lejos el bulto maltrecho de la negra Mami, una vieja abuela hundida en la locura por la suerte de su nieto sordo, desaparecido la noche de la invasión militar a Panamá. Muerto de pánico, el niño se le perdió en los momentos del bombardeo al Cuartel Central, en el barrio de El Chorrillo.

Como es sabido, los sordos son personas normales que sienten las bombas al estallar y oyen las explosiones de

los cohetes, porque los ruidos que hacen estas armas están por encima de los decibeles de la voz del ser humano. Y el hombre habla porque oye ya que sus órganos fonatorios están en perfectas condiciones

La vieja Mami camina todas las noches hasta el portón de acero de la base militar de Clayton, se aferra a la malla de ciclón, llora desconsolada por unos minutos y luego regresa a la ciudad sin pronunciar una palabra, en un rutina invariable. Es un cuadro doloroso, desgarrador, al que ya se han acostumbrado las personas que transitan esa ruta.

Mitzy Salvatierra era colombiana de nacimiento y ahora tenía treinta y tres años. Trigueña de ojos negros, senos exhuberantes en punta y porte escultural, que con un pulimiento en su personalidad podría pasar por una ex miss Universo. La contrataron en Cali y llegó al Istmo hace dos lustros, engañada, dizque para trabajar de modelo en una agencia de publicidad.

Pero estando aquí le quitaron el pasaporte en el aeropuerto y la dejaron en manos de sus contratistas. No tuvo otra salida que trabajar de mesera en un cabaret de la Avenida Cuatro de Julio y ejercer la prostitución casi siempre con la marinada que pasa por el Canal de Panamá. Su itinerario de trabajo fue ondulante en cuanto a sus viajes: desde Buenos Aires a Tijuana y desde Manaos a Guayaquil. En México contrajo matrimonio con un aviador canadiense, un hombre demasiado celoso, que le metía cucharas de sopa en su órgano genital para comprobar lue-

go en un laboratorio clínico si le era infiel. Divorciada años después regresó a Panamá y fue entonces cuando entró en contacto con Emiliano Morales, que la usa como gancho para comprar vino, whisky, licores, cerveza y comida en general en los comisariatos militares. Le iba tan bien que organizó todo un negocio que lo estabilizó trayendo zapatos de Colombia y prestando dinero con intereses. De su lado no se despegaba nunca una ayudante: Catalina Caballero, tan fiel como un perro pastor alemán.

